

NUESTRO CARISMA Y MISIÓN

Hablar de nuestro carisma y misión nos lleva a remontarnos a nuestros orígenes. El 27 de septiembre de 1540 es oficialmente fundada la Compañía de Jesús con la aprobación pontificia de la **Fórmula del Instituto**, documento fundacional que contiene el corazón del carisma de nuestra Orden y que traza las grandes líneas de nuestra identidad y quehacer. Es un punto de llegada y de partida. Es el punto de llegada de aquella aventura espiritual de san Ignacio, que empezó en Loyola, y a la que se unió un grupo de estudiantes de París, donde fue madurando y concretizándose un carisma. Y es el punto de partida de una gran empresa apostólica, en la Iglesia y en el mundo, realizada por hombres que se han sentido invitados a continuar haciendo vida aquel carisma que Dios le regaló a la Iglesia por medio de san Ignacio y sus compañeros. Esta Fórmula del Instituto comienza así:

“Cualquiera que en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, quiera ser soldado para Dios bajo la bandera de la Cruz, y servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra, tenga entendido que, una vez hecho el voto solemne de perpetua castidad, pobreza y obediencia, forma parte de una Compañía fundada ante todo para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana...”



Archivo Iconográfico, S.A./Corbis



En pocas palabras se condensan tres elementos fundamentales: el nombre de nuestra Orden, la caracterización de los sujetos que formamos parte de ella y nuestra misión. Primero se señala el nombre que nos dará identidad: Compañía de Jesús. Este nombre había sido elegido ya por el grupo de los primeros compañeros en 1537 cuando, al dispersarse por el norte de Italia con la intención de volver a reunirse en Roma, decidieron que a quienes les preguntasen quiénes eran, les responderían que eran de la “Compañía de Jesús”, ya que no tenían otra cabeza más que a Él; y fue confirmado, según la interpretación del mismo san Ignacio, en su visión en la Storta, cuando vio que el Padre Eterno le ponía con su Hijo.

Una vez establecido, mediante el nombre, que el centro de nuestra vida, nuestro único modelo a seguir es Jesucristo, se caracteriza al sujeto que formará parte de la Orden. Dicho sujeto, que al igual que los primeros compañeros de san Ignacio se sienta llamado a participar de su proyecto de vida, se caracteriza por ser un “soldado para Dios”, situado “bajo el estandarte de la Cruz”, en una actitud de servicio. En alusión clara a la meditación de “Dos Banderas”, de los Ejercicios Espirituales, el que participa del proyecto de la Compañía es alguien que ha hecho una opción

fundamental para su vida; alguien que asume, ante Dios y ante la Iglesia, una misión a la que dedicará enteramente su vida y su persona; alguien que asume un compromiso con la disposición, valentía y combatividad de un soldado. Desde un modo concreto de seguimiento de Jesucristo, “bajo el estandarte de la Cruz”, asumiendo hasta las últimas consecuencias su opción de vida.

Esta entrega y absoluta disposición del jesuita se hace realidad en una estructura concreta: la Iglesia. El sujeto que entra en la Compañía es un servidor de la Iglesia. Según san Ignacio y los primeros compañeros, la forma concreta de servir a Dios es sirviendo a la Iglesia: *“... la Compañía entera y cada uno de los que en ella hacen la profesión, militan para Dios, bajo la fiel obediencia de nuestro santísimo señor el papa Paulo III, y de los otros romanos pontífices sus sucesores...”*. La garantía de que este servicio no sólo está de acuerdo con la voluntad de Dios, sino que se está realizando en el lugar más adecuado y con la mayor efectividad, es ponerse directamente a las órdenes del Papa: *“... por una mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica y mayor abnegación de nuestras voluntades, y por una más cierta dirección del Espíritu Santo... cada uno de nosotros y cuantos adelante hagan la misma profesión estemos ligados, además del vínculo ordinario de los tres votos, con un voto especial, por el cual nos obligamos a ejecutar, sin subterfugio ni excusa alguna, inmediatamente, en cuanto de nosotros dependa, todo lo que nos manden los Romanos Pontífices, el actual y sus sucesores, en cuanto al provecho de las almas y a la propagación de la fe...”*.

El tercer elemento fundamental que encontramos al comienzo de la Fórmula del Instituto es el de nuestra misión: *“fundada ante todo para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana...”*. Esta “ayuda a las almas” es la concreción del deseo de servir a Dios y buscar siempre su mayor gloria que encontramos como inspiración personal de san Ignacio poco después de su conversión. A este fin debe encaminarse toda actividad apostólica, todo ministerio, e incluso toda la vida espiritual de los sujetos. Para san Ignacio y los primeros compañeros el servicio de Dios consiste en ayudar espiritual y corporalmente a los prójimos. Esta es la mística y el eje fundamental de todo el quehacer de los jesuitas.

La “ayuda a las almas” se concretiza en una diversidad grande de apostolados y ministerios. La misma Fórmula del Instituto señala algunos de ellos: “predicaciones públicas, lecciones, y todo otro ministerio de la palabra de Dios, de ejercicios espirituales, y de la educación en el Cristianismo de niños e ignorantes, y de la consolación espiritual de los fieles cristianos, oyendo sus confesiones y administrándoles los demás sacramentos. Y también manifiéstese preparado para reconciliar a los desavenidos, socorrer misericordiosamente y servir a los que se encuentran en las cárceles o en los hospitales, y a ejercitar todas las demás obras de caridad, según que parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común”. Esto ha llevado a los jesuitas a estar presentes en diversos campos, principalmente en la educación, reflexión teológica, misiones, espiritualidad...



Por más de cuatro siglos la Compañía de Jesús mantuvo intacta la formulación de su misión. Los miles de hombres que pertenecieron a ella durante este tiempo, dedicaron enteramente sus vidas y sus personas a la realización de los ideales plasmados en la Fórmula del Instituto y en las Constituciones. En cada época histórica, se esforzaron por responder a los desafíos y necesidades que la realidad les presentaba y produjeron abundantes frutos.

Hace poco más de tres décadas, en el marco de la renovación eclesial promovida e impulsada por el Concilio Vaticano II, y respondiendo a la invitación que hace a los institutos religiosos de renovarse desde las fuentes de su propio carisma (*Perfectae Caritatis*), la Compañía de Jesús, reunida en Congregación General (1974-1975) define así nuestra misión hoy:

“Dicho brevemente: la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios”. (Dec. 4, 2).



Desde la realidad y el clamor de la humanidad de hoy, desde nuestra experiencia de fe y servicio a la Iglesia, los jesuitas reformulamos nuestra misión. Una reformulación que afecta hasta lo más profundo de nuestra identidad. De ahí que al autodefinirnos, la misma Congregación General afirma:

“¿Qué significa ser jesuita? Reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús, como lo fue S. Ignacio: Ignacio, que suplicaba insistentemente a la Virgen Santísima que ‘le pusiera con su hijo’ y que vio un día al Padre mismo pedir a Jesús, que llevaba su cruz, que aceptase al peregrino en su compañía.

¿Qué significa hoy ser compañero de Jesús? Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige.

La Compañía de Jesús reunida en su Congregación General XXXII, después de considerar el fin para que fue fundada, es decir, la mayor gloria de Dios y el servicio de los hombres, después de reconocer con arrepentimiento sus propios fallos en la defensa de la fe y en la promoción de la justicia, y de preguntarse a sí misma ante Cristo crucificado, lo que ha hecho por El, lo que está haciendo por El y lo que va a hacer por El, elige la participación en esa lucha como el punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son” (Dec. 2, 1-3).

De esta manera se actualiza nuestra identidad y misión, situándonos en el corazón mismo del mundo, desde el clamor de una humanidad doliente, y de la Iglesia. ¿Qué significa esta formulación de nuestra misión hoy? No encontramos mejores palabras para responder que las mismas que utiliza la Congregación General:

“La misión que hemos sido llamados a compartir es la de la Iglesia misma; revelar a los hombres el amor de Dios Nuestro Padre, amor que se hace promesa de vida eterna. De la mirada con que Dios mira al mundo surge la misión de Jesús, venido para servir y dar su vida en rescate por muchos (Mat 20,38). De la misión de Jesús nace a su vez la común misión de los cristianos, miembros de la Iglesia enviada a los hombres para revelarles la salvación...

Ignacio y los otros primeros compañeros quisieron, en la experiencia espiritual de los Ejercicios, mirar atentamente al mundo de su tiempo para descubrir sus interpelaciones. Contemplaban detenidamente cómo «las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres» y decidían «que la segunda Persona se haga hombre para salvar el género humano». Y, con Dios, se quedaban considerando ellos mismos a los hombres de su tiempo... «en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros; unos en paz y otros en guerra; unos llorando y otros riendo; unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etcétera». Buscaban así cómo podrían, en respuesta a la llamada de Cristo Señor, trabajar en la instauración de su Reino.

Unidos en una misma visión de fe, fortificados por la misma esperanza y arraigados en un mismo amor de Cristo, del que querían ser compañeros, Ignacio y su primer equipo apostólico estimaron que servirían tanto más eficazmente a sus contemporáneos cuanto más estrechamente unidos estuviesen entre sí en un mismo cuerpo religioso, apostólico, sacerdotal y unido al Sucesor de Pedro por un especial lazo de amor y servicio, expresivo de su total disponibilidad para la misión universal de la Iglesia.

A la luz de su ejemplo, nos sentimos invitados a vivir más resueltamente la dimensión propiamente apostólica de nuestra vida religiosa. Nuestra consagración a Dios, efectivamente, es repudio profético de los ídolos que el mundo está siempre tentado de adorar: dinero, placer, prestigio, poderío. Nuestra pobreza, nuestra castidad y nuestra obediencia deben testimoniarlo visiblemente, pese a lo imperfecto de toda anticipación del Reino que está por venir, ellas quieren proclamar la posibilidad evangélica, que es don de Dios, de una comunión entre los hombres basada sobre la participación y no

Hoy día, la misión de la Compañía es un servicio presbiteral de la fe: tarea apostólica que pretende ayudar a los hombres a abrirse a Dios y a servir según todas las exigencias e interpelaciones del Evangelio. Pues la existencia según el Evangelio es una vida purificada de todo egoísmo y de toda busca de la propia ventaja, así como de toda forma de explotación del prójimo. Es una vida en la que resplandece la perfecta justicia del Evangelio, que dispone no sólo a reconocer y respetar los derechos y la dignidad de todos, especialmente de los más pequeños y débiles sino, aún más, a promoverlos eficazmente y a abrirse a toda miseria, aun la del extraño o enemigo, hasta el perdón de las ofensas y la victoria sobre las enemistades por la reconciliación. (Dec. 4, 13-18).

El servicio de la fe y la promoción de la justicia es el eje en torno al cual gira toda la vida y el quehacer de los jesuitas:



sobre el acaparamiento, sobre la disponibilidad y la apertura y no sobre la busca de privilegios de castas, de clases o de razas, sobre el servicio y no sobre la dominación o la explotación.



“Más aún, el servicio de la fe y de la promoción de la justicia no puede ser para nosotros un simple ministerio más entre otros muchos. Debe ser el factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de éstos, sino de nuestra vida interior, como individuos, como comunidades, como fraternidad extendida por todo el mundo. Esto es lo que la Congregación quiere significar por una ‘opción decisiva’. Es la opción que subyace y determina todas las demás opciones incorporadas en sus declaraciones y directrices” (Dec. 2, 9).

La nueva formulación de nuestro carisma y misión ha impregnado todo nuestro quehacer en las últimas décadas. Todos nuestros apostolados buscan realizar esta misión y toda nuestra vida

pretende ser fiel a este carisma. Las siguientes congregaciones generales (33, 34 y 35), que se han realizado en los últimos 33 años, han confirmado lo que la Congregación General 32 dijo sobre nuestra misión e identidad, profundizando en las implicaciones que tiene asumir esta misión en los tiempos actuales. Así, en 1995 la Congregación General 34 afirmó:

“Nuestra misión de servicio de la fe y promoción de la justicia debe ensancharse para incluir como dimensiones esenciales la proclamación del Evangelio, el diálogo y la evangelización de la cultura. Pertenecen conjuntamente a nuestro servicio de la fe” (Dec. 2, 20).

Y nuestra última Congregación General (2008) es clara y contundente sobre lo que los jesuitas hacemos en nuestro mundo de hoy:

“Durante los últimos años, el fructífero compromiso de la Compañía en el diálogo con pueblos pertenecientes a diferentes tradiciones culturales y religiosas, ha enriquecido nuestro servicio a la fe y la promoción de la justicia y nos han confirmado que fe y justicia no pueden ser para nosotros un simple ministerio entre otros, sino el factor integrador de todos nuestros ministerios y de nuestra vida como individuos, como comunidades, como fraternidad extendida por todo el mundo.

Nuestros ministerios pastorales, educativos, sociales y en los medios de comunicación, así como los ministerios espirituales han ido encontrando cada vez más formas de llevar adelante esta misión en medio de las desafiantes circunstancias del mundo moderno” (Dec. 3, 4-5).



A.M.D.G.